

Cultura y fe

Espacio Laical ha querido dedicar el último número de este año, en el cual se conmemoran los 20 años del ENEC, al tema de la Cultura. Si revisamos con atención los documentos de aquel evento, en numerosas ocasiones, y de manera directa e indirecta, se insiste en el valor de la cultura para la fe, y la iluminación que para la cultura cubana en específico tuvo el Cristianismo

Es breve el espacio para la extensión que merece el tema; sobre todo, para analizar cómo, en los últimos años, en una parte importante de la cultura cubana comienza a percibirse un rescate de sus raíces cristianas, y la fe en Cristo ocupa, por curiosidad o por certeza, a no pocos intelectuales cubanos. Quienes han vivido otras épocas, no tan remotas, en la Isla saben que no siempre fue así. Creadores y destinatarios están ahora mucho más cerca de comprender que la ausencia o la negación de las huellas cristianas en nuestra cultura la empobrecen y tergiversarían.

Nunca será suficiente repetir que desde nuestros nombres propios hasta los *dichos* que usamos, las costumbres y los más elevados preceptos éticos provienen, la mayoría de las veces, de las culturas judeo-cristiana y greco-latina. Que Cuba *se pensó* como nación en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, y hombres como el padre Félix Varela, a quien, con sobrada razón, se le considera uno de los padres de nuestra cultura, fue un sacerdote católico comprometido con el Evangelio y la libertad de todos los cubanos hasta el último de sus días terrenales. Igualmente *algo* faltaría en José Martí si se le suprimiese su espiritualidad de raíz cristiana, tan bien estudiada por el poeta y ensayista Cintio Vitier.

Sería necesario precisar que el frondoso y variopinto árbol de la cultura cubana recibió substanciales injertos de otras culturas a modo de planta nueva, de *ajiaco* cocido en el trópico; en orden de importancia, los imaginarios culturales africanos, y aunque en menor escala y no poco significativos, los asiáticos. El resultado no podía haber sido mejor: una mezcla singular de *sabores* y texturas conocida como identidad nacional.

Coincide este número, asimismo, con la Navidad. Y sobre la Navidad y la Cultura también podrían hacerse muchas reflexiones. En el mundo cristiano de hoy, se globalizan imágenes y símbolos que nada tienen que ver con la pobreza que rodeó el nacimiento de Jesucristo. En un mundo donde el poder, la fama y el dinero son los *triunfadores*, resulta inconcebible que Dios haya escogido la olvidada ciudad de Belén, una familia pobre y un sencillo establo para hacer nacer su Hijo Único. Ciertamente, pensarán hoy algunos, y hace 20 siglos otros pensaron igual, o Dios no existe o nos ha colocado en un insondable Misterio.

Una forma de comprender esta aparente contradicción es a través de la Fe y la Cultura. La fe enseña que nuestros caminos y la lógica humana no siempre son los caminos o la *razón* de Dios. La cultura nos prepara a entender lo grande desde lo pequeño; lo bueno brotado de lo malo; la verdad que derrota, tarde o temprano, a la mentira.

Es curioso cómo la cultura cubana no nació en grandes palacios, en galerías espaciosas o atriles de oro, de mecenas y reyes que pagaron para hacerse de obras que los encumbrasen como a dioses. Más bien puede decirse que lo mejor de nuestra cultura ha salido de hombres nacidos en familias pobres o de escasos recursos, de vidas que sufrieron carencias de todo tipo, y muchos de nuestros mejores artistas y hombres de letras murieron fuera de su Patria o dentro de ella sin ver su obra divulgada como merecían.

Nuestra cultura pues, tiene otro punto en común con el Cristianismo: en su aparente estrechez material radica su riqueza; en su circunstancia de *agua por todas partes*, rebasa los continentes y los contenidos;

de su silencio interino, ha hecho clamor universal.

Toca a los laicos católicos, creadores y destinatarios, *enculturar la fe*, es decir, hacer presente la fe a través de la cultura, y que la fe ilumine la creación de valores culturales trascendentes. Toca a las instituciones y a los promotores de cultura, abrir espacios para el desarrollo de creadores y destinatarios cristianos y no cristianos.

Así lo dejaba constar el ENEC hace ahora 20 años:

Una Iglesia que se abre más a la vida social, que busca espacios nuevos para la evangelización, que quiere promover la participación activa de los laicos en la sociedad, tienen necesidad de alcanzar, con su palabra y su acción, todos los campos de la vida, de la cultura. (485)